

De estos supremos instantes
 De felicidad completa
 No podrá ningún poeta
 Hacer jamás descripción.
 Yo ceso aquí: hay situaciones
 Que, por muy alto que pique,
 No hay pluma que las explique
 Cual las siente el corazón.

Lector, si amas como yo amo,
 Si vives como yo vivo
 Para un amor exclusivo,
 Tirano, avasallador,
 A obligarme á pintarte esta
 Injusto será que lleves
 Tu empeño, porque tú debes
 Figurártela mejor.

Mas si por desdicha tuya,
 O maldición de Dios, eres
 Uno de esos ruines seres
 Que no creen en el amor,
 Cual lo siento te lo digo:
 Aquí rompo y no prosigo,
 Porque no quiero contigo
 Perder mi tiempo, lector.

EPILOGO.

I.

Diez semanas despues eran esposos
 Rosa y Don Carlos. El baron habita
 Con ellos la pacífica casita
 Del campo del doctor, mientras los fosos,
 Las torres, las murallas y salones
 De su hendido y decrepito castillo,
 Vuelven á recobrar su antiguo brillo
 Gracias de Nasarina á los millones.
 Y no se harta el baron de pavonearse
 De uno en otro aposento,
 Desde cada ventana sin cansarse
 De mirar su castillo remozarse,
 Volverse blanco y ostentar al viento,
 En vez del esqueleto carcomido
 Que infundia pavor al pasajero,

Un frontispicio cándido y pulido
 Cuya vista hace alegre el valle entero.
 Dos veces cada día sube y baja
 Con su arquitecto á él, y cada día
 En su vieja mansion deja cambiado
 En gracioso balcon lo que fué raja,
 Tornado en firme lo que ayer se hundia,
 Limpio, gentil, esbelto y acabado
 Lo roído, lo roto y lo combado.
 Los casados no se hartan de jurarse
 Un amor tan eterno
 Como apacible y tierno,
 De estar en soledad y acariciarse,
 Y gozar del placer de verse unidos
 Trás de tantos obstáculos vencidos.
 Cárlos, del todo de su mal curado,
 Sano del corazon cual de la mente,
 Comprende con delicia lo pasado,
 Porque su amante Rosa le ha explicado
 Del doctor el escéntrico espediente
 Que, para realizar su amor ardiente
 Y la salud de su ánimo, ha empleado.
 Y ya mil veces el baron ha oido
 De su risueña y sonrosada boca
 La explicacion, que nunca habria podido
 Comprender solo, de su historia loca.
 La vuelta de Don Cárlos una noche
 A la casita del doctor, dejando
 En el camino servidumbre y coche,
 Y su llegada al mirador de Rosa,

Y el rico don que la ofreció pasando
 De una flor, escultura primorosa
 Trabajada por él, gracioso emblema
 De su fidelidad, gentil alarde
 De su saber y amor; su doble vuelta
 La misma noche al mirador mas tarde,
 Y del doctor la osada estratagemas
 De mostrarle á su amada sumergida
 En un sueño letal: cuya experiencia,
 Del mozo ocasionando la demencia,
 Le puso en riesgo de perder la vida.
 Este misterio al fin esclarecido,
 No fué difícil cosa
 Para la amable y seductora Rosa,
 Hacer al buen baron que comprendiera
 Cómo ha permanecido
 Oculta en su mansion, cómo ligera,
 Crédula y fácil de engañar con poco
 La muchedumbre, muerta la ha creído,
 Y por un crimen á Don Cárlos loco:
 En tanto que el doctor pudo segura
 De su demencia preparar la cura.
 En el espacio así de los dos meses
 Que desde aquel suceso han trascurrido,
 Todos tres ocupados,
 Cárlos y Rosa en su pasion constante
 Y el baron en su orgullo é intereses,
 Esentos han vivido de cuidados
 A un porvenir feliz en adelante
 Juzgándose por Dios predestinados.

Del doctor solamente no parece
 El alma en armonía
 Con la dicha comun y la alegría:
 Y él solo con su faz las entristece,
 Andando cabizbajo,
 Silencioso, ceñudo, y macilento,
 Y sin obvia razon de mal talante;
 Y entregado sin duda algun trabajo
 Difícil, pasa el dia en su aposento
 Del cual no sale mas que lo preciso,
 Y le anubla el semblante
 El afan de algun hondo sentimiento
 Que le trae pesaroso é indeciso.
 Nadie dá en la razon de la sombría
 Pesadumbre que el alma le desola,
 De los demás turbando la alegría;
 Mas una noche se esplicó ella sola.
 Al despuntar el alba de aquel dia,
 Con el negro que tiene á su servicio
 Personal, el doctor salido habia.
 Nadie estrañó su ausencia,
 Pues por su profesion tal vez se pasa
 Dias de sol á sol fuera de casa,
 Haciendo un ignorado beneficio
 O aliviando del pobre la dolencia.
 Rosa y Carlos tal vez placer sintieron,
 Pues del amor llevado de su ciencia,
 Que iba á volver á comenzar creyeron
 De sus visitas la escursion diaria,
 Saliendo de la vida solitaria

En que sumido con pesar le vieron.
 Mas ocultóse el sol, espiró el dia,
 Y se cerró la noche, y avanzada
 La hora de la queda iba pasada,
 Y del doctor no volvia;
 Y empezó la inquietud de su morada
 A apoderarse, y la azorada Rosa
 De uno en otro balcon iba y venia,
 Mirando sin cesar sobresaltada
 Y á través de la sombra tenebrosa
 Escuchando, sin ver ni sentir nada:
 Y en una de las veces que afligida,
 Azares mil á bulto recelando
 Y del doctor temiendo por la vida,
 Iba el estrecho corredor cruzando
 A salir á buscarle decidida,
 Acertando á pasar ante la puerta
 Del gabinete del doctor, abierta
 Vió que estaba su cámara y metida
 Dentro la cerradura vio la llave:
 Y cómo siempre de llevarla cuida
 Consigo, y tal descuido en él no cabe,
 De una nueva sospecha acometida,
 Del doctor en la ausencia que no acierta
 A explicar, receló causa muy grave;
 Conque en investigarla ya empeñada,
 Y obstáculo no hallando que la entrada
 De la secreta cámara la impida,
 Entró en su estancia, mas la halló desierta:
 Y hallando franco al par aquel retrete

Donde á solas el médico se mete,
 Donde tal vez encierra su tesoro
 Y ante un altar y crucifijo de oro
 Arde una luz que aroma el gabinete,
 Rosa por él resuelta se adelanta;
 Mas en el misterioso y solitario
 Camarin al fijar su osada planta,
 Aquel lúgubre aspecto de santuario
 Que le dá de Jesús la imágen santa
 Que sobre el ara del altar bendito
 En frente de la puerta se levanta,
 En su febril ecsaltacion la espanta
 Y en su terror fantástico dió un grito.
 Don Carlos y el baron, que á él acudieron,
 Pálida de terror allí la hallaron,
 Y cuando á Rosa su valor volvieron
 Y el camarin estraño registraron,
 Al que buscaban con afan no vieron,
 Mas esta carta del doctor hallaron.

II.

DESPEDIDA DEL DOCTOR.

“ Rosa, mas que hija para mí querida,
 Mi mansion en Europa está acabada:
 Mi mision á tu lado está cumplida,
 Pues te deajo feliz, rica y casada;
 Mas el punto al llegar de mi partida,
 No ha de poder mi voz atribulada
 En el hondo pesar de mi alma tierna

Darte un ¡adios! de despedida eterna.
 Carlos, yo te he mirado desde niño
 Con un sincero y paternal cariño.
 Solo yo comprendí desde tu infancia
 Y aprecié en su valor tus sentimientos:
 Yo supe con política y constancia
 Conducir á buen cabo mis intentos
 Sobre tí, y logré hacer campo mas vasto
 Dar á tu educacion, á tus pasiones
 Pronta esperiencia, á tu alma mejor pasto
 De los que en sus oscuros torreones
 Te diera de tu padre la arrogancia,
 Basada solo en la nobleza rancia
 Y el vacío esplendor de sus blasones.
 Porque yo al fin con pertinacia artera
 Trabajando mi plan, le obligué á enviarte
 Joven á visitar tierra extranjera,
 Dó entre el bullicio del sangriento Marte,
 Supiste hacerte profesor de un arte
 Que, en cualquier tiempo y en país cualquiera,
 Podría en vida independenciamarte
 Y gloria entre la gente venidera.
 Yo te hé seguido por la inquieta Gália
 Y la clásica Italia
 Con paternal solicitud: mi mano
 Iba dando dó quier á tu destino
 Proteccion invisible, y veces hartas
 Debiste el encontrar en tu camino
 Oro, favor y amigos á mis cartas;
 Hasta que digno hallándote de Rosa